

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS HISTORIAS. UN DIÁLOGO OBLIGADO ENTRE LAS HUMANIDADES Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Si asumimos que la historiografía es la producción escrita acerca de temas históricos, podemos derivar al menos un par de implicaciones: 1) se involucra necesariamente al arte de escribir la historia y 2) se analiza la producción histórica en términos del discurso que le imprimen sus autores. Visto así, la historiografía representa el medio y el modo de comunicar por escrito lo que el investigador construye acerca del pasado; de tal suerte que la validez de sus afirmaciones dependerá de qué tan eficazmente pueda analizar, comprender, explicar y transmitir el resultado de sus pesquisas.

Sumado a lo anterior, la historia presupone la conciencia de que presente y pasado están ligados entre sí, condicionándose mutuamente. De esto parte la noción de historicidad. Las maneras como nos acercamos a tales ámbitos temporales son resultado de los relatos históricos, los cuales por sí mismos no aumentan nuestro conocimiento, pues es necesario además comprender y rescatar lo propuesto por los diversos autores que han tratado dichas temáticas, así como detectar los cambios de los significados en ellas, aprehenderlas, interpretarlas y relacionarlas con el presente. Esto es, vincularlas con nuestro entorno vital.

Es necesario señalar que durante las últimas décadas, arduos y diversos han sido los derroteros de estos renovados enfoques para ganar terreno y posicionarse frente a visiones tradicionales de concebir a la historia. Autores de distintos orígenes geográficos y culturales, con diferentes formaciones disciplinares e intereses personales han privilegiado y recorrido ámbitos específicos que les permiten construir interpretaciones históricas diversas. En este orden de ideas, habrá que destacar una apertura desde la historia para buscar fortalecer su entramado teórico, metodológico e historiográfico.

Pero no sólo eso, favorablemente el interés ha sido recíproco; de ahí que encontremos a filósofos, antropólogos, sociólogos, politólogos y economistas

ocupados en debates teóricos y metodológicos en torno a planteamientos de orden histórico. Es en dicho contexto en el que se vienen presentando acercamientos, diálogos y discusiones con diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales y las Humanidades. Así, se han fortalecido aquellos estudios sobre problemáticas y actores que solían soslayarse, abordarse de manera sesgada o –en el mejor de los casos– de forma limitada. En efecto, el estudio de la historia se ha vigorizado. Ahora nuevas preguntas se formulan para poner en duda las imágenes heredadas; se realizan estudios recurriendo a enfoques y herramientas hasta hace poco marginales. Esta revitalización conduce a postular renovadas perspectivas que permiten la construcción de nuevas interpretaciones y una historiografía mucho más abierta al debate.

No obstante, habrá que reconocer que aun con lo anterior y a pesar de que en términos generales existe consenso en relación con que en el ámbito académico la disciplina histórica ha alcanzado un incuestionable grado de profesionalización, no es difícil encontrar a ortodoxos que conciben como parte inherente a su labor el tendido de muros, el cavado de trincheras; en fin, que consagran sus vidas para que el *método histórico* (así, en singular, y por lo tanto excluyente) perdure diáfano, incorruptible.

Los cuatro artículos que se presentan en este número de *Legajos* se inscriben en el espíritu apuntado párrafos arriba. Sus autores evidencian, desde distintos ámbitos de las ciencias sociales y de las humanidades, que este diálogo no es una opción, sino un imperativo. Pese a la diversidad temática y disciplinar desde donde se posiciona cada uno de ellos, encontramos significativos puntos de convergencia: la problematización de sus planteamientos a través de la cual se aproximan de manera crítica a sus objetos de estudio; la búsqueda por lograr una construcción teórica y metodológica de la historia a partir de la discusión con intelectuales formados en otras disciplinas y, por ende, sobre la pertinencia de las categorías generadas por éstos; y un inherente ejercicio reflexivo evidente en cada página. Dichos intereses los caracteriza como estudiosos preocupados por trascender una historia anquilosada a la que quieren despojar de sus fobias y ensimismamientos.

En orden de aparición, Miguel Ángel Guzmán López nos presenta desde una perspectiva filosófica el texto intitulado “La conciencia histórica: una estructura ontológica universal con contenidos epocales variables”. En él,

a partir de consideraciones de orden hermenéutico y ontológico incursiona en las principales obras de Martin Heidegger, Reinhart Koselleck, Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur, entre otros, para posicionarse en el debate en torno a la conciencia histórica. El análisis se concentra en las categorías *espacio de experiencia*, *horizonte de expectativa* y *experiencia epocal*; las dos primeras planteadas por Koselleck, mientras que la tercera por Gadamer. El argumento que desarrolla Guzmán López es que tales categorías ayudan a entender la diversidad de los contenidos de la conciencia histórica, al tiempo que reafirman su universalidad. De esto se deriva que uno de los principales objetivos del autor: confrontar a las tesis posmodernas que descalifican a la historia.

En seguida, tenemos el artículo “Acontecimiento y agencia en el contexto post-estructuralista. Algunas notas críticas”, resultado del trabajo conjunto y debatido de un antropólogo y un historiador: Pablo Marín Olán y Jorge Luis Capdeponat Ballina, respectivamente. Siguiendo al estadounidense Marshall Sahlins, destacan que es desde los distintos esquemas culturales que se organizan las interpretaciones de los acontecimientos. Partiendo de esta tesis determinista, colocan en la palestra a historiadores franceses adheridos de la corriente de los *Annales*, antropólogos y sociólogos, para discutir en torno a tres categorías fundamentales: *coyuntura*, *acontecimiento* y *agencia humana*. Insertándolas en la dimensión temporal, desarrollan la idea de que tanto el acontecimiento como la agencia humana residen en ésta; desde ahí se “magnifican” cuando en la coyuntura se presentan las circunstancias históricas que permiten a la acción humana –a decir de los autores– “abrir” y “rasgar” la capa social más endeble. De este modo, continúan, la cultura y el espacio se significan como formas de acercamiento, de contextos amplificadas de la experiencia humana.

En tercer lugar, situado desde un enfoque historiográfico, Víctor Manuel Carlos Gómez discute con diferentes autores que han abordado al *bandidaje* como un problema histórico. En efecto, en “Bandoleros, bandidos y revolucionarios. Delincuencia política en Aguascalientes, 1911-1920”, Carlos Gómez no se limita únicamente a enlistar aquellas obras que han sido influyentes en distintas sociedades durante las últimas décadas, sino que además emprende un análisis del estado mexicano de Aguascalientes en los años de la Revolución mexicana. Es en este escenario espacial y

temporal desde donde propone distintas formas de categorizar y caracterizar a revolucionarios, bandoleros y bandidos.

La última colaboración de este número corresponde a Rogelio Everth Ruiz Ríos, quien a lo largo del texto “Dilemas de las izquierdas en México: de la búsqueda del alma nacional a la crisis del régimen revolucionario y el giro al multiculturalismo”, se muestra como un agudo observador de la realidad social, cultural y política del México contemporáneo. Sin despojarse un solo momento de una actitud crítica, Ruiz Ríos cuestiona lo que llama “el modelo de identidad nacional mexicana”, paradigma institucionalizado por el partido oficial que gobernó al país de manera ininterrumpida durante siete décadas. En este sentido, aborda las encrucijadas que ha desencadenado el uso y abuso del concepto “revolución” por parte del Estado mexicano. La principal de ellas es la paradoja que provocó en las izquierdas el discurso de legitimación política y social de la Revolución mexicana. Asimismo, emprende un análisis historiográfico concentrado en los trabajos que se han realizado para construir visiones más amplias, minuciosas y explicadas sobre la llamada “izquierda mexicana”. En dicha genealogía, identifica a varias etapas que ineludiblemente están relacionadas con los eventos sociales y políticos que acaecían a nivel global durante la segunda mitad del siglo xx.

No me resta sino agradecer entrañablemente a cada uno de los autores por haber respondido de manera entusiasta a mi convocatoria para integrar en un mismo espacio editorial propuestas metodológicas y teóricas que permitan construir y abordar problemas históricos de manera renovada. Estoy convencido de que todos y cada uno de los artículos ha cumplido cabalmente con dicho cometido.

Carlos Armando Preciado de Alba
Universidad de Guanajuato